

máticos ó de disciplina, tales como la de la celebracion de la Pascua, la rebautizacion de los bautizados por los herejes, la condenacion de Ario, de Manes, de Donato, de Prisciliano, de Eutiques, de Nestorio, de los Monotelitas, de Focio, de todos los herejes hasta los Protestantes, los Jansenistas, los Pistoyanos, y en nuestros dias Lamennais y los errores revolucionarios en materia de Religion, la cátedra de Pedro, el Pontífice romano ha sido siempre el juez nato que ha dirimido las controversias. *Roma loquuta est, causa finita est. ¿Habla Roma?—Se acabó!*—

Tal es la divisa católica; y eso mismo hemos visto en la decision dogmática del misterio de la Inmaculada Concepcion de María, por Su Santidad reinante, Pio IX. En todo se ve, señores, el exacto cumplimiento de la profecía de Isaías: *Et erit mons in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes*. Todos miramos á esta montaña santa; todos acudimos á nuestro Padre; todos tendemos á él nuestros brazos en nuestras necesidades, á él abrimos nuestro corazón, hácia él dirigimos nuestros suspiros, á él clamamos nuestras almas. En él se fundan nuestras esperanzas, en él ponemos nuestra confianza, cuando en los puntos lejanos del horizonte divisamos negras nubes que amenazan tormenta. Y en medio de las borrascas de esta vida, miramos á él como nuestro norte, ¡Padre santo! Padre santo! exclamamos; y seguros de que en el momento mismo recibimos su bendición sagrada, la tempestad se calma, los enemigos huyen, nuestra alma queda en paz y nuestro corazón en inefable honanza. ¡Bendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha deparado un consuelo superior á todo consuelo, y que nos asegura un refugio tan seguro en tiempo de nuestra tribulacion!

¡Oh santa Iglesia Romana! mientras conserváremos nosotros la palabra, la usaremos para alabarte; y mientras latiere en nuestro seno un corazón, será para amarte. Tú serás el principio de nuestros regocijos, el cántico de nuestras alabanzas, el asunto de nuestras glorias, el objeto privilegiado de nuestro amor. Fáltenos ántes la respiracion, y péguese primero nuestra lengua al paladar, si no fuéremos hasta el último aliento tus fieles y amantes hijos.

¡Oh Padre santo! á tí clamamos desde lejanas tierras, porque las distancias del espacio no pueden escondernos la montaña sublime en que fundó el Altísimo tu paternal trono. A tí clamamos, hijos sedientos de la bendicion de su Padre; tú nos la puedes enviar desde esta tu augusta cumbre: eres Padre, y no puedes olvidar á tus hijos; eres Pastor supremo, y todos somos ovejas de tu redil. Bendicenos, Padre santo, y acógenos en tu paternal seno, para presentarnos ante el

acatamiento del omnipotente Señor, que tan grande te ha hecho para gloria suya y dicha nuestra.

PREDESTINACION.

I.

*Oves mea meam audiant.
Mis ovejas oyan mi voz.*

(JOAN. X. 27.)

El célebre Alejandro, considerando un dia la gran prosperidad de su imperio; viendo unida á sus dominios la corona de Persia, vencido el rey Darío, extendidas sus conquistas hasta los remotos confines de la India, sojuzgado el mar, muda la tierra ante la grandeza de sus hazañas; en una palabra, viendo colocado su trono en lo más eminente de la rueda de la fortuna, súbitamente, acometido de una triste melancolía, exclamó: ¡Ah! ¡quién me diera un clavo! *Suspiro clavum*. ¿Para qué quereis ese clavo, señor? le preguntó uno de sus cortesanos. Y respondióle el afligido Alejandro: Para clavar la voluble rueda de mi fortuna. Sé que es traidora é inconstante; que se complace en ensalzar y humillar sucesivamente á los monarcas, y por lo tanto, temo mucho que á la hora ménos pensada borre la auréola de mi gloria y me precipite hasta una profundidad igual á la altura á que hoy me veo elevado. Ahora pues, ¿quién de vosotros, oyentes míos, al pensar en la rueda de su futura eternidad, no exclamará, como el contristado Macedonio, *suspiro clavum*? ¿Quién, al considerar los inexcrutables decretos de su predestinacion, no deseara un clavo con que sujetar en su incierto movimiento la fortuna de un reino eterno? Esta terrible reflexion avanzó hondos suspiros y amargas lágrimas á hombres tales como S. Bernardo, S. Gregorio y S. Juan Crisóstomo; juzgado, pues, oyentes míos, con cuánta más razon debe llenar de pavor á otros corazones ménos santos. Sin embargo, no debéis desalentaros por esto, toda vez que, por la misericordia divina, tenemos dos poderosos medios bastantes por sí solos para

fortalecer nuestras esperanzas, desvanecer nuestras dudas y calmar nuestros temores. Estos dos medios son: la bondad de Dios y la libertad del hombre. Ambas hacen depender de nuestra eleccion el ser ó no predestinados, el pertenecer ó no al número de las ovejas escogidas de que nos habla el Evangelio. Una y otra serán objeto del presente discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La predestinacion, hermanos míos, segun la famosa definicion de S. Agustín, adoptada por todos los teólogos, es *una presciencia y una preparacion eficaz de los beneficios de Dios, por cuyo medio han de salvarse ciertamente los que se salvarán*. De consiguiente no sé como podemos temer por nuestra salvacion, toda vez que esta depende de Dios mismo, que nos predestina. ¿No es nuestro Dios sumamente bueno y sumamente misericordioso? ¿Cómo, pues, ha de querer nuestra condenacion? ¿Qué motivos tenemos para desconfiar de él? ¿Nos ha hecho algun agravio? ¿Nos ha causado algun daño? ¿No nos ha colmado, por el contrario, de gracias y beneficios? Es nuestro Criador; y un artífice, por insensible que sea, no puede ménos de sentir la destruccion de su obra predilecta: es nuestro Padre, y no hay padre tan inhumano que no deplora la pérdida de un hijo. ¿Y os parece posible que Dios quiera la perdicion de un alma, noble obra de sus manos, hija de su gracia, redimida con los dolores y angustias de una acerbísima cruz? ¡Ah! con solo pensarlo se hace un inmenso agravio á su amor. Esto equivaldría á decir, que el Padre celestial es ménos pródigo y amoroso que cualquier padre terreno.

Y á la verdad, oyentes carísimos, ¿podríamos temer por nuestra predestinacion si ésta dependiese totalmente de nosotros? Ciertamente que nó, porque siendo innato en el hombre el amor de sí mismo, no podría dejar de amar su mayor bien, que es su salvacion eterna. Esto supuesto, no dado en afirmar que debemos estar más seguros de nuestra salvacion, dependiendo, como depende, de Dios, que si dependiera de nosotros mismos. La razon es porque Dios nos ama muchísimo más que nosotros mismos; pues al paso que nosotros por nuestra salvacion no sabemos resolvernos á practicar un ayuno, una mortificacion, una saludable penitencia, Dios ha dado su sangre y su vida por salvarnos. Luego es cierto que nos ama más que nosotros mismos. Aún hay más: supongamos que Dios, ántes de darnos el sér, hubiese puesto á nuestra eleccion los bienes á que podríamos aspirar; ¿quién se hubiera atrevido á decirle; quiero por herencia un paraíso, por reparadora de mis iniquidades la sangre de un Dios cru-

cificado, por alimento de mi espíritu la carne de este mismo Dios sacramentado? ¿Quién, repito, se hubiera atrevido á pedir tanto? Nadie en verdad, y sin embargo, todo esto nos lo ha dado Dios sin haberse lo siquiera pedido: luego Dios nos ama más que nosotros mismos: luego nuestra suerte está más asegurada en sus manos que en las nuestras propias: luego, si no tendríamos que temer por nuestra predestinacion, dado caso que dependiese enteramente de nosotros, mucho ménos debemos temer por ella ahora que depende de Dios.

Por otra parte; ¿cómo podemos dudar que Dios quiera la salvacion de los hombres, sabiendo que murió por todos ellos en un patíbulo, y que nos ha dado á todos tantos medios poderosos de alcanzar una feliz inmortalidad, tales como los sacramentos, las oraciones, los ritos de la Iglesia, los ejercicios piadosos y otros muchos que seria difícil enumerar? ¿Quién puede quejarse de no haber recibido de Dios las luces, inspiraciones y gracias necesarias para vivir, no solo como cristiano, sino tambien como santo? Si alguno se encuentra en este caso, digalo, desmíentame, y no le replicaré. Reconozcamos, oyentes míos, nuestra miseria, cerremos los oídos á la voz engañosa de las pasiones; y si algun temor nos asalta al pensar en la predestinacion, veremos que la causa de este temor está en nosotros mismos y no en Dios, que es fuente inagotable de bondad y amor. Dios ha abierto en el paraíso, no una, sino doce puertas, que miran á todos lados para que puedan entrar más facilmente por ellas todos los pueblos y las gentes todas de cualquiera edad, sexo y condicion que sean. Además, así como ha puesto en el firmamento varias clases de estrellas, unas mayores, otras menores, unas más brillantes, otras más opacas; así tambien ha preparado en el cielo diversos órdenes de asientos, para que los que no puedan brillar en él con las regias virtudes de los Fernandos y Luises, brillen á lo ménos con los méritos de la santidad militar, como los Martines y Guillelmos, ó con la gloria de la sabiduria cristiana, como los Tomasés y Buenaventuras, ó á manera de pequeñas estrellas, como todos los demás justos. De lo dicho se infiere que no debemos desconfiar de nuestra predestinacion, toda vez que podemos contar con los auxilios de un Dios todopoderoso que nos ama con predileccion. Este buen Dios nos tiende desde el cielo la mano para salvarnos; aferrémonos á su amorosa diestra, aprovechémos de sus divinas gracias, y nada temamos.

Por lo demás, oyentes míos, no hallo palabras bastantes para condenar la conducta de muchos cristianos pusilánimes y perezosos que á todas horas exclaman: ¡Ay de mí! ¿qual será mi suerte en la otra vida? ¿perteneeceré al número de los escogidos ó al de los réprobos?

Y entre tanto nada hacen para ser predestinados; no corrigen un vicio, no practican una virtud, ni se imponen la menor mortificacion para alcanzar la vida eterna. Temed ménos, diré á esos tales, temed ménos, y obrad más; esto es lo que importa. Esto es lo que importa, repito, tanto más, cuanto que Dios, para que podamos ganar meritoriamente la vida eterna, nos ha dado una libertad plenísima de bien ó mal obrar. ¡Oh! qué gran consuelo, qué esperanza tan grande adquiere el hombre piadoso cuando dice: Yo, si quiero, puedo salvarme, pues nada me obliga á condenarme. Dios ha puesto á nuestra libre eleccion el bien ó el mal, la vida ó la muerte, la salvacion ó la condenacion eternas. Tal es, hermanos míos, nuestra condicion. Dos caminos se presentan en frente de nosotros: el de la virtud, que conduce á la santificacion, y el del vicio, á cuyo extremo hallan cuantos le siguen una segura ruina. En nuestra mano está el escoger cualquiera de ambos. En los dias festivos, por ejemplo, tenemos dos modos de ocupar el tiempo; dedicándolo á obras y ejercicios piadosos, ó á las diversiones y devaneos mundanos. Libres somos de hacer lo uno ó lo otro. Pudiéramos, por medio de una confesion general, por la restitution de unos bienes mal adquiridos, por el mejoramiento de nuestras costumbres, estar siempre preparados para la hora de la muerte; y podemos tambien hacer todo lo contrario, podemos continuar viviendo en el pecado, con riesgo inminente de condenarnos, si por desgracia llegamos á morir de muerte repentina. ¿Quién nos impide la eleccion de uno de estos dos medios? Nadie, en verdad. De aquí es, que la presciencia que Dios tiene de la suerte futura de los hombres es diversa, segun la diversidad de las obras de los hombres mismos, pues el entendimiento de Dios es un purísimo espejo en que se pintan los objetos tales como se le ponen delante. Obrad bien, y vuestra alma se presentará en la mente divina con todos los caracteres de la predestinacion: obrad mal, y esa misma alma se presentará á los ojos de Dios como un aborto del infierno. De consiguiente, no debemos abrigar temor alguno con respecto á la divina predestinacion, y mucho ménos debemos acusar á la Providencia divina; porque así como no puede atribuirse al espejo la fealdad de los objetos deformes que en él se reflejan, sino á los mismos objetos reflejados; así tampoco puede atribuirse á Dios la reprobacion de los pecados, sino á los hombres mismos, que obran como réprobos.

2. Luego, me direis, ¿podrá un criminal y obstinado pecador, un usurero, un lujurioso, por ejemplo, hacer de manera que llegue á ser predestinado? Si, hermanos míos, sin duda alguna. Obre bien, coopere á la gracia de Dios, y se salvará. Por duro y frio que sea su

corazon, hiéralo con los golpes de una fervorosa contricion, y le hará despedir llamas de caridad. Póstrase á los pies de un confesor, arripiéntase verdaderamente de sus pecados, obedezca á las inspiraciones del cielo y á los impulsos del Espíritu Santo, y será contado en el número de los escogidos. Mas en esto precisamente consiste la dificultad, me dirá alguno de vosotros, en corresponder á las inspiraciones divinas. De buena gana cooperaria yo á los auxilios de Dios, si me concediese alguna de aquellas gracias eficaces que ha otorgado á los santos y á otros justos. Atrevidos censores de la divinidad, vosotros no podeis negar que habeis recibido de Dios la gracia necesaria para salvaros; decís que esta gracia, en vez de seros eficaz, como á los santos, os es inútil é infructuosa. Convento en ello; pero ¿quién tiene la culpa de esto? ¿acaso Dios? no ciertamente. Toda la culpa es vuestra, porque abusando de los medios saludables que Dios os ha dispensado, los convertís en vuestro mayor demérito. Muchos y muchos otros se han hecho santos con medios mucho menores que los que vosotros habeis recibido del cielo. ¿Quién tiene, pues, la culpa, repito, de que no seais santos, ni justos? ¿Dios, que no os auxilia, ó vosotros mismos, que con vuestra mala correspondencia haceis ineficaces é inútiles las divinas gracias? ¿Cómo podeis quejaros de la Providencia? ¡Ah! ¡con cuánta razon podria hoy el Salvador increpar á muchas ciudades cristianas, como en otro tiempo increpó á otras ciudades ingratas á sus beneficios! ¿Con cuánta razon pudiera decirles: Cuántos otros pueblos se hubieran enmendado, cuántas ciudades gentiles se hubieran convertido, si hubiesen tenido tantos medios de santificacion, es decir, tantos predicadores, tantos confesores, tantos sacramentos, tantos milagros, como tenemos nosotros, á Dios gracias, en nuestras grandes poblaciones! ¿Quisierais tal vez que Dios os llevase al paraíso milagrosamente y como por fuerza? ¿Quisierais que os levantase al cielo cogiéndoos por los cabellos, como lo hizo el ángel con Habacuc? Esto es imposible. Dios quiere darnos la gloria eterna como merced y como premio; por eso nos deja en libertad de aprovecharnos ó no de su amorosa bondad. No quiere hacerlo todo en la grande obra de nuestra salvacion; quiere que nosotros hagamos tambien algo por nuestra parte. Prestad gustosos vuestra cooperacion á la voluntad de Dios; sed justos, piadosos, caritativos y devotos, y podreis desear todo temor con respecto á vuestra salvacion. Porque ésta depende de la voluntad de Dios y de la del hombre; y ni de la una ni de la otra tenemos nada que temer. No tenemos que temer de la divina voluntad, porque siendo Dios bondad infinita, siendo nuestro Padre, un Padre que nos ama ternísimamente

y más que nosotros mismos; un Padre que tiene abiertas para todos las puertas del paraíso, y nos dá á todos los medios necesarios para entrar en él, no solo puede, sino que desea y quiere salvarnos. Tampoco tenemos que temer de la voluntad del hombre, porque siendo éste libre, sin que le imponga necesidad alguna la prescencia de Dios, y estando en su mano el que la divina gracia sea eficaz para consigo mismo, nada le falta para poder llevar libremente á cabo la obra de su salvación. De lo dicho se infiere, por una consecuencia indeclinable, que tenemos un medio sencillísimo é inflexible para no temer por nuestra predestinación: este medio consiste en *obrar bien*.

Es propension muy antigua de la humana curiosidad la de olvidar lo presente por indagar lo venidero, y la de descuidar lo que es esencial é intrínseco á la humana naturaleza, por atender á lo que le ha de venir de fuera. Empero, la curiosidad de los hombres nunca es tan justa como cuando tratan de presagiar lo que se refiere á la futura eternidad. A este importantísimo asunto se han dedicado con grande ahinco muchos doctores de la Iglesia, los cuales han hallado diversos y seguros indicios para conocer si un hombre es ó no predestinado, tales como la devoción de María, la frecuentación de los sacramentos, la paciencia en los trabajos, la afición á oír la palabra de Dios, y otros semejantes. Pero, en cuanto á mí, ninguno me ha parecido tan excelente como el que nos revela el grande Agustín con estas sencillas palabras: ¿Quiéres ser del número de los predestinados? sé del número de los pocos. ¿Quiénes son en este mundo los pocos? Cierta dia presentóse un hombre al divino Maestro y le preguntó: Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvan? Y entónces, el Señor, volviéndose con semblante severo á los circunstantes: Mirad lo que hacéis, que la puerta del paraíso es muy angosta, y por esto no pueden entrar por ella los muchos, sino los pocos. Ahora, pues, según las palabras de Jesucristo, ¿quiénes son los pocos? los que van por el camino estrecho, por la puerta angosta. ¿Y los muchos? los que andan por el camino ancho y espacioso.

El invicto Gedeon hallábase junto á la fuente de Harad con diez mil soldados para dar batalla á los Madianitas, cuando se le apareció el Señor, y le dijo: Gedeon, las tropas que llevas bajo tus banderas son más numerosas de lo que conviene para la gloria de tus armas. Quiero que peles con pocos, para que la victoria que alcances sobre los Madianitas se atribuya toda, como es justo, al poder de mi brazo divino. Lleva todo tu ejército á beber al río, y allí verás cuáles son los soldados que yo elijo. Verás que los unos para beber se echarán

al suelo, mientras que los otros, doblando la rodilla sobre la arena, se llevarán el agua á la boca con la mano. Despide á todos aquéllos, y quédate con éstos, los cuales te bastarán para derrotar á los Madianitas. Cumplió Gedeon puntualmente cuanto el Señor le ordenaba, y vió que los que bebían con la mano, es decir los escogidos de Dios, no eran más que trescientos: *Fuit autem multitudo eorum, qui manu ad os projiciente lambuerant aquas, trecente viri* (Jud. vii, 6); y que todos los demás se echaban al suelo para beber: *omnis autem reliqua multitudo flexo poplite, biberant*. Paréceme, oyeñtes míos, que cuantos viven en la tierra son otros tantos hombres sedientos que acuden al río de los placeres transitorios; con la diferencia, sin embargo, de que los unos, que son los más, se tienden para beber de ellos hasta más no poder, sean lícitos ó ilícitos; al paso que los otros, que son poquitos, beben únicamente de los lícitos, y lo que basta tan solo para apagar la sed con un moderado refrigerio. Ahora bien, ¿queréis pertenecer al número de los escogidos de Dios? ¿Queréis ser predestinados? Sed de los pocos: Amen.

PREDESTINACION.

II.

Oves meae non peribunt in aeternum, et non rapiet eas quisquam de manu mea.

Mis ovejas no se perderán jamás, y ninguno no las arrebatará de mis manos.

(JOANN. X, 27.)

Veid aquí, hermanos míos, en estas profundas palabras del Salvador, encerrado el arcano impenetrable de la predestinación de los santos y la sentencia infalible dada por el juez de la verdad á favor de los escogidos, que son las ovejas dichosas que propiamente pertenecen al rebaño de este soberano pastor. No es posible que perezcan porque están escritas en el libro de la vida, y no pueden borrarse sus nombres, pues que están grabados con caracteres de bronce, con pluma de hierro y punzon de diamante. ¡Dichosos aquellos á quienes

cupo la suerte venturosa de ser elegidos para la herencia de los cie-
 los! Ellos conseguirán infaliblemente su afortunado destino y se sen-
 tarán algún día en la mesa de Dios como hijos de adopción y herede-
 ros de sus promesas. Nadie podrá estorbarlos la consecución de su
 felicidad, porque el Señor que conoce á los suyos vela sobre su cus-
 todia, y su voluntad soberana á que nada se resiste, ha determinado
 salvarlos por un firme é invariable propósito que no admite altera-
 ción ni mudanza. Esta constante y resuelta voluntad de Dios, de que
 pende la eterna salud de los elegidos, si es motivo de acción de gra-
 cias en los bienaventurados que ya habitan en la patria, es al mismo
 tiempo causa de zozobra y de congoja en los viadores que aún no
 han llegado á la seguridad del puerto; porque inmediatamente nace
 de esta doctrina aquella duda inapeable que tanto conturba á todos:
 ¿si seré del número de los felices que Dios escogió para sí, ó de los
 desdichados que excluyó de su reino? ¿Si en sus decretos allisimos
 me habrá mirado como vaso de honor ó me habrá despreciado como
 vaso de contumelia? ¿Si perteneceré á las ovejas de la derecha ó á
 los cabritos de la siniestra? ¿Si seré trigo escogido para el cielo ó
 paja futil que se ha de arrojar á las llamas? ¿Si seré predestinado ó
 seré eternamente réprobo? Porque ello es cierto que nadie entrará
 en las bodas del Cordero sinó aquel á quien llamó el padre de fami-
 lias, y si éste no le ha llamado, no tendrá asiento en la mesa de los
 ángeles.

No paran aquí los discursos del entendimiento humano, sinó que
 pasando á sondear este piélago inmenso y este obscuro abismo de la
 predestinacion eterna, y viendo que la voluntad de Dios ni puede
 mudar sus resoluciones, ni menos frustrarse en sus designios, se for-
 ma un argumento al parecer ineluctable, pero que conduce á lasti-
 mosas consecuencias. Si Dios me ha predestinado, infaliblemente me
 salvaré, de cualquier modo que viva; y si no me predestinó, jamás
 me podré salvar, aunque haga cuanto pueda, porque en su poderosa
 mano está la suerte de mi destino. Esta razon tan decantada de los
 enemigos de la fé y que no deja de inquietar á los mismos fieles, es
 la única dificultad que ocurre en este profundo misterio y que mil
 veces ha turbado el sosiego de muchas almas. Yo emprendo con
 gusto tratar esta materia delicada para consolar á los tímidos y aten-
 tar las esperanzas de todos. Para esto establezco dos proposiciones
 que harán la division del discurso. La primera, es que Dios quiere
 que todos se salven, y por consiguiente el que se condena, por su
 culpa se condena: la segunda, que para salvarse nada más se necesita
 que el cumplimiento de la ley, y por consiguiente el que cumple la

ley, infaliblemente se salva. Dios quiere salvarnos: si cooperamos
 á su voluntad, lograremos la eterna salud; y ved ahí el enigma de la
 predestinacion facilmente descifrado. A. M.

4. No podemos dudar, amados míos, que Dios es bueno, si no du-
 dando de su mismo ser, y como dice S. Agustin, sin ponerle á pleito
 su misma esencia. No podemos dudar que nos amó desde la eternidad
 con una caridad perpétua, que es el Dios de nuestra salud, el padre
 de las misericordias y de toda consolacion. Él quiere que todos se
 salven y vengan al conocimiento de la verdad, como dice el Apóstol.
 Jesucristo ofreció al Padre eterno el precio de su sangre por todos
 los hombres que traen el origen de Adán: él está pulsando al cora-
 zon y tocando sin cesar á la puerta del alma para entrar y morar en
 ella por gracia. Cada cual ponga la mano en su pecho y dígame cómo
 se ha portado Dios con él en todos los tiempos y momentos de su
 vida: ¡Cuántos llamamientos ha tenido! ¡Cuántas inspiraciones se-
 cretas para volver sobre sí! ¡Cuántos remordimientos y estímulos en
 su conciencia por más rota y estragada que ahora sea! ¡Cuántas
 veces en el mismo ardor del delito se levantaba una voz de repren-
 sion que amargaba los placeres más dulces. Y todos estos auxilios
 ¿no eran ordenados por Dios para la salud y para la salvacion? Si esto
 se niega, se ha de negar la fé á todas las escrituras.

Si Dios nos dispensó aquella copia de gracias que por sus altos jui-
 cios ha negado á infinitos, es para nuestra salvacion; si Dios nos ha
 traído á su conocimiento y á la fé de sus promesas, es para nuestra
 salvacion; si nos ha reengendrado en espíritu y nos ha hecho entrar
 en su Iglesia y en la sociedad de sus santos, es para nuestra salvacion;
 si nos ha puesto ministros de los altares que nos diesen noticia de su
 ley y de sus preceptos y nos enseñasen las sendas que guían á la
 vida, es para nuestra salvacion; si nos ha dejado en los sacramentos
 medicinas á nuestras dolencias, fuentes de reconciliacion en que la-
 vásemos las manchas de nuestros pecados, es para nuestra salvacion;
 si bajó del cielo, nació con pobreza, vivió con trabajos, murió con
 ignominia, y está todavía con los brazos abiertos pendiente de un
 madero, es para nuestra salvacion: porque no es dable que aquel
 Dios, que es la suma bondad, nos llamara, rogara, solicitara y conce-
 diera tantos medios de salud sinó con una voluntad sincera de sal-
 varnos; porque no es posible que Dios, se humanara, padeciera y
 muriera por nosotros sinó con ánimo de salvarnos. Dios omnipotente
 quiere que todos se salven sin excepcion de personas, y así como no
 hay hombre alguno cuya naturaleza no haya sido asumida por él en

la Encarnacion, así ninguno hay por quien no haya padecido. Y ¿acaso podremos dudar de su bondad en vista de tantas demostraciones de amor? Supuesta pues esta voluntad en Dios de salvar á todos los hombres, no estéril, infecunda, ni ociosa, sino activa, sincera y verdadera, síguese que el no salvarse muchos es por propia voluntad y eleccion: síguese que es inexcusable en el tribunal del divino juez cualquiera que no obra rectamente con pretexto de no estar predestinado. Dios puso al hombre, dice el Espíritu Santo, en manos de su consejo para que eligiera entre lo bueno y lo malo, entre la vida y la muerte, y lo que gustare se le dará. El albedrio en nada se ofende por los decretos de Dios, porque este es el modo admirable de la sabiduria infinita, concordar sus determinaciones irrevocables con nuestra voluntad electiva.

Siendó pues el hombre dueño de sus acciones, se le imputa justamente la transgresion de la ley, porque en su mano estuvo el no traspasarla. No pienses, dice Agustino, hombre insensato, que Dios castiga sin culpa ni ménos que es cruel con los pecadores; ellos son los crueles consigo mismos y Dios se queja con razon de su conducta, porque pudiendo obrar bien y darle gusto, nada más piensan que en injurjarle y ofenderle con su proceder inicuo. El lascivo se entrega á los gustos de la carne sin que nadie le precise; el ladrón quita lo ajeno por su propia voluntad; el calumniador muerde la fama del prójimo solamente por su antojo y por su gusto; el reincidente ó consuetudinario persevera en la culpa porque no hace de su parte el menor esfuerzo para romper la cadena con que está gustosamente aprisionado; el jugador arruina su casa y pierde su alma porque él mismo busca la piedra de su perdicion y de su ruina. Pues si todos estos se condenan eternamente, por su culpa se condenan. Fuera una blasfemia horrenda echar á Dios la culpa de su eterna perdicion. ¿Por ventura ha sido Dios autor de sus maldades y delitos? ¿Acaso un Dios de infinita bondad puede complacerse en lo mismo que abomina? ¿Acaso hay iniquidad en Dios como arguye el Apóstol? Esto sí que no es posible: ántes bien protesta por boca del profeta Oseas, que él dió auxilios á Israel, y si se perdió, por su culpa se perdió: *Perditio tua est te, tantummodo in me auxilium tuum*. Pues si Dios quiere que nos salvemos y para eso nos ofrece sus gracias, solo se necesita para salvarnos cooperar á su voluntad y observar su santa ley.

2. Dios es fiel á sus palabras y no puede negarse á sí mismo, como dice el Apóstol; y pues él nos asegura que observando sus preceptos lograremos la eterna felicidad, nada más nos incumbe que la ob-

servancia. A aquel mancebo del Evangelio que preguntó á Jesucristo qué haria para salvarse, solo le respondió el Salvador: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos: *Si vis ad vitam ingredi, serva mandata*. Al Paralítico de la piscina le dió el Salvador la salud solamente con aceptarla; al Leproso le curó la enfermedad asquerosa que padecía, porque dijo queria verse libre de aquel molesto accidente; á la Samaritana, á la Magdalena y á todos los pecadores no les ha pedido jamás otra cosa que una sincera detestacion de sus culpas y una verdadera conversion al sumo bien. Pues si para la salvacion nada más se requiere que la voluntad de salvarse, síguese que este negocio es el de más facil solucion, pues está en nuestra mano y pende de nuestro arbitrio. Si para ser ricos y poderosos hastase el quererlo ser, pocos habria necesitados ni pobres; y si para obtener una dignidad ó colocacion honrosa nada más se nos pidiera que el deseo de lograrla, poco tiempo se gastaria en memoriales y pretensiones.

He dicho que la salvacion está en vuestra voluntad, porque así me lo enseña san Agustín: *Vide si labor est, ubi velle satis est*. Pero no ha de ser una voluntad estéril que no tiene de voluntad más que el nombre: no pretendamos hacer con Dios lo que hizo Joab con Amasa, que dándole un estrecho abrazo en demostracion de su afecto al mismo tiempo le pasó el pecho con una daga. Yo sé que todos quieren salvarse, porque el deseo de ser feliz es natural al corazon humano como enseñan filósofos y teólogos y lo acredita la experiencia; pero no basta quererlo como todos lo quieren. Esta es una voluntad indeterminada, vaga y general, con proyectos en el aire sin descender á los medios. De los mayores pecadores ninguno hay que no quisiera salvarse; pero con una voluntad fria, débil y perezosa, con una voluntad ineficaz y sin accion. Los avaros y usureros quieren salvarse; pero que no les hablen de restitucion ni les toquen sus intereses: los murmuradores y maldicientes quieren salvarse; pero no volver la fama ni poner un candado en la lengua: los voluptuosos y lascivos quieren salvarse; pero no dejar las torpezas y el cieno del deleite: los galanteadores y pisaverdes quieren salvarse; pero nada ménos que dar de mano á sus amorios y tratos licenciosos: las señoras mundanas quieren salvarse; pero no renunciar sus profanidades ni abstenerse de sus libertades, indecencias y desuadeces en que se estrellan infinitos: los más abandonados y libertinos quieren salvarse; pero no entrar por la puerta estrecha de la penitencia y mortificacion de las pasiones. Pues ¿qué voluntad es esta? Esto no es quererlo de veras; esta es una voluntad irrisoria, una pura veleidad que

repugna con el fin. El que quiere remedio en una grave dolencia no se porta con esta languidez, ni el que lleva entre manos un pleito de mucha consideracion se abandona á un desenoio tan lamentable. Pilatos queria libertar á Cristo, y Herodes queria poner en salvo al Bautista; pero ni el uno ni el otro se podrán justificar diciendo: yo lo queria: fue voluntad infructuosa, lánguida, desmayada y por el mismo hecho convencida de falsa. El infierno está lleno de estas voluntades estériles, sin que por eso se les admita la excusa que quisieron la salud.

Sin embargo que esta doctrina es palmaria y no admite réplica, hay una casta de hombres que pasan plaza de sábios en el juicio del mundo, pero que en realidad no son más que destructores de la piedad y espíritu cristiano, encaprichados con fútiles racionios y argumentos diabólicos. Consideran á los predestinados como unos hombres atados de piés y manos que no pueden dejar de obrar bien, é igualmente á los réprobos con una fuerza irresistible que los incita al mal. Esta pretendida necesidad tan decantada es pretexto de que se valen para derramarse por toda especie de vicios; pues si están predestinados, de cualquier modo se salvarán, y si no lo están, de todos modos se han de condenar. Desentrañemos, hermanos, este absurdo seguido de la mala inteligencia de la predestinacion, y veamos si convenceremos á estos monstruos que tanto daño ocasionan con sus delirios. Mirad los inconvenientes seguidos á esta perversa doctrina. Se destruye la libertad del hombre, se hace á Dios autor de su perdicion y de su desgracia, se le quita al Señor la voluntad sincera de salvar las obras de sus manos, y se le hace un Dios tirano y cruel que gusta y se complace de afligir las criaturas; se vuelve imposible la observancia de la ley y se pone culpa y pena en lo que no se puede evitar. ¡Qué ilaciones tan monstruosas! Si esta doctrina subsistiera, ¿para qué se le habia de intimar al hombre el cumplimiento de unos preceptos cuya observancia no está en su mano? ¿Para qué las quejas de Dios contra los pecadores que refusan oír su voz? ¿Para qué los ministros evangélicos que persuaden la virtud? ¿Para qué las leyes, correcciones y castigos que sirvan de diques á la maldad? ¿Para qué la educacion de los padres en orden á las costumbres de los hijos? ¿Para qué los monasterios y los desiertos como asilos contra la depravacion del siglo? ¿Para qué la leccion de libros santos que fomenten el espíritu? Si los predestinados no pueden dejar de obrar bien, ni los réprobos de obrar mal; siguese que ni lo malo puede dañar á los unos, ni lo bueno aprovechar á los otros, y por tanto, que no es menester divorciarse de mundo, ni privarse de concurrencias peligrosas, ni mortificar la

carne, ni ocuparse en honestos y piadosos ejercicios, ni remover la piedra del escándalo, ni cortar las ocasiones de la culpa y el pecado; porque si la predestinacion infiere necesidad, ha de lograr su efecto en cualquiera circunstancia; y si no hay en Dios voluntad de salvar eficaz y absoluta, es preciso que obren mal los que estan excluidos del reino.

En estos escollos dan los dogmatizadores con su perversa doctrina opuesta diametralmente á la bondad de Dios, é injuriosa á la dignidad del hombre. Pues yo digo que es falso lo uno y lo otro: es falso que la predestinacion infiera necesidad; y es tambien falso que tenga efecto en cualquiera circunstancia. El hombre queda enteramente libre y dueño de sus acciones, aun supuesta la predestinacion, y la predestinacion no se cumple si las obras no son rectas. Si el predestinado no obrara bien, jamás entraria en el cielo; y si el réprobo no obrara mal, no padeceria infierno. Castigo mi cuerpo y le reduzco á servidumbre, decia el Apóstol, no sea que predicando á otros me haga yo réprobo. Bien sabia san Pablo la firmeza de la predestinacion; pues ¿para qué mortifica su cuerpo y le trata como esclavo? Bien sabia san Pedro la eficacia de los decretos divinos, y no obstante amonesta que hagamos cierta nuestra vocacion y eleccion por la práctica de las buenas obras. Pero ¿para qué me canso en refutar un error cuya inutilidad se convence por las mismas medidas que tomamos en otros negocios de menor importancia? Sin embargo que sé, estar decretado por Dios que tengo ó no tengo de morir de esta grave enfermedad, por eso no dejo de poner los medios para escapar del peligro. Ya está determinado en los consejos eternos si tú has de ser rico ó pobre; pero eso no quita que pongas tu industria para enriquecerte. Pues, hermanos, la paridad es perfecta sin que claudique por parte alguna. Como está determinado lo uno, lo está juntamente lo otro; pues si lo segundo no quita que se pongan los medios para la consecucion del fin, antes bien es necesario; igualmente convence por lo primero. La observancia de los mandamientos, el cumplimiento de la ley, la reforma de costumbres, la negacion de sí mismo, la pureza de corazón y las demás virtudes cristianas, son tan necesarias para conseguir la vida eterna, como el caminar para llegar al término del viaje; y querer salvarse sin méritos ni virtudes, es una valiente paradoja y una engañosa ilusion. Dejad pues de devanaros los sesos ni quebraros la cabeza en averiguar qué dispuso Dios *ab eterno* de vosotros, y estad seguros que segun fuere lo que sembrareis, tal será el fruto que cogereis; que el que siembra en la carne, de la carne cogerá la corrupcion, y el que siembra en espíritu, del espíritu cogerá la vida

eterna. Cuando no hubiese más que uno predestinado, ese serías tú si obraras bien; y cuando no hubiese más que uno reprobado, también lo serías obrando mal. Confíemos pues, amados míos, en la misericordia de Dios, que es el autor de nuestra salvación; pero apliquemos nuestra voluntad á la suya, pues, según sentencia de Agustino, el que nos crió sin nosotros no nos salvará sin nosotros.

¡Oh Dios mio! ¿cuándo gozaré con seguridad de vuestra vista y posesion y se acabarán estos temores que me traen turbado y afligido? No dudo que vos queréis que me salve, pues este ha sido el fin de mi creacion; pero mis fuerzas son débiles si vos no les dais firmeza con vuestra gracia. Limpiad mi corazón, dirigid mis intenciones, rectificad mis afectos y haced que os sirva dignamente en esta vida, que es el medio para veros en la otra.

DIVISIONES.

PREDESTINACION.—Los pecadores dan señales de su predestinacion cuando vuelven á levantarse con ventaja.

Los penitentes dan señales de su predestinacion cuando satisfacen con humildad.

Los justos dan señales de su predestinacion cuando perseveran con amor.

PREDESTINACION.—El buen uso que hacemos de nuestra fe es la señal más visible de nuestra predestinacion.

La fidelidad que guardamos en nuestro estado es la mayor seguridad de nuestra salvacion.

La abundancia de nuestras buenas obras es el más seguro presagio de nuestro galardón.

PREDESTINADOS.—Se conoce á los cristianos que son predestinados por la docilidad con que se dejan guiar.

Se conoce á los cristianos que son predestinados por su paciencia cuando son inmolados.

PREDESTINADOS.—Lo son aquellos que rompen la union que tienen con las criaturas cuando es contraria á la union que deben tener con su cabeza.

Lo son aquellos á quienes Jesucristo da las señales mas visibles de su proteccion paternal.

Lo son aquellos que no sucumben á la violencia de sus enemigos cuando estos pretenden separarlos de aquel que los protege.

PREDESTINADOS; véase: ESCOGIDOS.

PREDICACION; véase: PALABRA DE DIOS.

PREDICADOR

(SUS OBRAS NO PUEDEN PERJUDICAR A SU DOCTRINA.)

Super cathedram Moysi sederunt scribæ et pharisæi. Omnia ergo quæcumque dixerint vobis servate et facite.

Los escribas y fariseos están sentados en la cathedra de Moisés. Practicad, pues, y haced lo que os dijeren; pero no arreglés vuestra conducta por la suya.

(MATTH. XXIII, 2 y 3.)

¡En qué diferentes estados, Dios mio, se ofrece hoy á mi vista vuestra magestad adorable! ; Cuán diferentes son los afectos que producen en mi alma las especies que ocultan vuestra sustancia, y la imágen que me recuerda vuestras ignominias! Yo no sé ciertamente á donde dirija mis ojos, ni en qué pueda fijar con preferencia mi consideracion. Si miro á ese glorioso tabernáculo, por el mismo velo que oculta vuestra gloria, páreceme que veo salir los rayos de vuestra magestad, cuyo brillo me deslumbra; si á esa figura lastimosa, apenas alcanza mi fe á persuadirme de vuestra divinidad, viéndola tan abatida. Aquét me llena de confianza, porque ¿qué no debo esperar de un Dios, que determina unirse tan estrechamente conmigo, que me alimenta con la sustancia de su divinidad? Esta me llena de terror y sobresalto, porque estando cargado de pecados propios, ¿qué no deberé temer de aquella justicia inexorable que con tanto rigor castigó los ajenos en su inocente Hijo? El primero, como que